
SIGNIFICADOS Y PRÁCTICAS DE LA SEXUALIDAD EN TRES GENERACIONES DE MUJERES AYMARAS DEL NORTE DE CHILE

ANA MARÍA CARRASCO GUTIÉRREZ
y VIVIAN THEDA GAVILÁN VEGA

RESUMEN

Si bien la universalización de los modelos sexuales vía una moral homogeneizante, creada a partir del pensamiento judeo-cristiano que impone patrones ejemplares de comportamientos sexuales que deben preservarse, ha sido el panorama que ha dominado la sexualidad Latinoamericana, los individuos y los colectivos sociales se han permitido interpretar de distintas formas estas normas, argumentaciones y prácticas sociales, ofreciendo variaciones. Chile no es un país homogéneo social y culturalmente, en su interior conviven varios grupos étnicos entre los cuales se halla el pueblo aymara; si reconocemos que este pueblo indígena constituye un grupo con tradiciones propias no compartidas por la mayoría de la población nacional y que, además, ha formado parte de los procesos socio-histó-

ricos vividos en las regiones del norte de Chile, resulta válido preguntarse si el ethos cristiano, base de nuestras ideas occidentales, adquiere en el caso aymara características singulares o si lo que observamos en la mitología y religiosidad de este pueblo, en la actualidad ofrece un contexto moral y una ideología que orienta las prácticas sexuales de su población. Visto lo anterior, el propósito de este artículo es rescatar las ideas, significados e interpretaciones que mujeres aymaras, de tres generaciones, otorgan a la sexualidad dentro de sus propias cosmovisiones, contextos socio-económicos, socio-políticos y sistema de género, y ver cómo, mediante las prácticas, se articulan y expresan estas particularidades.

La sexualidad, entendida como la construcción social y simbólica en torno a la capacidad que tienen los humanos de derivar placer (elemento erótico) de sus cuerpos sexuados, no ha sido objeto de estudio permanente en las ciencias sociales. Sólo en las últimas décadas se constata que ésta, lejos de instalarse únicamente en el orden biológico, está mediada por las concepciones culturales y condiciones sociales que las sociedades construyen a través de su historia (Foucault 1978; Bozon y Leridon, 1993; Lamadrid y Muñoz, 1996; Szans, 1998; Weeks, 1998) y que permiten la elaboración de diversas

formas de dar satisfacción a las necesidades sexuales y reproductivas (Lamas, 2000). Así, en la actualidad es posible afirmar que la sexualidad ha dejado de ser vista, comprendida y practicada como una serie de respuestas universalizadas, sin contexto ni historia; ya no es una dimensión fija donde los sujetos están predeterminados, sin posibilidades de resistencia y, mucho menos, de elección (Giddens, 1992; Rivas, 1997). Dado lo anterior, nuestra propuesta aborda esta área de conocimiento desde una postura antropológica (Nieto, 2003; Moore, 2007; Lyons y Lyons, 2011) que la significa como una construcción sociocultural que cambia según la época,

la cultura, el género, la etnia, la generación, etc.

Si bien la universalización de los modelos sexuales, vía una moral homogeneizante creada a partir del pensamiento judeocristiano, que imponen patrones ejemplares de comportamientos sexuales que deben preservarse, han dominado la sexualidad occidental durante cientos de años, creemos que los individuos y los colectivos sociales interpretan de distinta forma estas normas, argumentaciones y prácticas sociales tradicionales, ofreciendo variaciones que son necesario indagar. Es decir, sostenemos que dentro del ámbito de la sexualidad 'tradi-

PALABRAS CLAVE / Chile / Ideología Religiosa / Mujeres Aymara / Sexualidad /

Recibido: 21/01/2014. Modificado: 02/06/2014. Aceptado: 10/06/2014.

Ana María Carrasco Gutiérrez. Antropóloga y Licenciada en Antropología, Universidad de Concepción, Chile. Doctora en Historia, Universidad de Barcelona, España.. Profesora, Universidad de Tarapacá (UTA), Chile. Dirección: Departamento de Antropología, UTA. Casilla 7D. Arica, Chile. e-mail: amcarrasco@uta.cl

Vivian Theda Gavilán Vega. Antropóloga y Licenciada en Antropología Social, Universidad de Chile. Magister en Antropología, FLACSO, Ecuador. Doctora en Ciencias Sociales, Colegio de México. Profesora, UTA, Chile. e-mail: vtgavilanv@uta.cl

cional' que opera en cualquier sociedad, es posible encontrar otros sentidos y prácticas en razón de una serie de variables tales como la edad, el ciclo vital, la adscripción religiosa o la condición étnica (Vance, 1984; Parker y Gagnon, 1998; Carrasco, 2010).

En las sociedades modernas, la biología y la medicina han sido las disciplinas legítimamente establecidas para elaborar el saber sobre la sexualidad, el cual convive con el saber de la 'costumbre' o tradición, que se transmite de generación en generación. Pero en tanto todas las prácticas sexuales funcionan dentro de algún tipo de sistema moral (Davenport, 1971), los sistemas jurídicos y especialmente la religiosidad han sido los contextos que le han otorgado sentido.

En Chile, como en Latinoamérica, la iglesia católica ha cumplido un papel central en la regulación y control de la sexualidad de su población. Si bien esta norma ha variado a través de los años, ha legado una 'cultura cristiana'; es decir, una ética y una moral que guían y dan forma a las prácticas sexuales, instaladas en la subjetividad de mujeres y hombres.

Importantes cambios en la forma de percibir la sexualidad comienzan a darse a partir de los años 1960, siendo dos movimientos sociales (el de las mujeres y el gay) y la emergencia de los anticonceptivos, situaciones que posibilitaron la separación entre sexualidad y reproducción. Los preceptos cristianos que guían las prácticas sexuales han sido resistentes a las transformaciones generadas por estos procesos de modernización y secularización. Por otra parte, los cambios se dan e inician de manera diferenciada según sean los contextos sociales y culturales donde actúan, debido a la existencia de una diversidad de tradiciones que filtran la información y permiten distintas modalidades de apropiación.

Sabemos que Chile no es un país homogéneo social y culturalmente, que en su interior conviven varios grupos étnicos entre los cuales se halla el pueblo aymara, ubicado históricamente en el actual territorio de las I y XV regiones (Tarapacá y Arica y Parinacota). Si asumimos que este pueblo indígena constituye un grupo que descende de antepasados comunes, con rasgos somáticos, lengua, cultura y tradiciones propias (D'Andrea, 2000) que no son compartidas por la mayoría de la población nacional y que, además, ha formado parte de los procesos socio-históricos de estas regiones, resulta válido preguntarse si el

ethos cristiano, base de las ideas de la población mestiza chilena, adquiere en el caso indígena características singulares o si lo que se observa en la mitología y religiosidad aymara, en la actualidad ofrece un contexto moral y una ideología que orienta las prácticas sexuales de pobladores adscritos a esta etnia (Carrasco, 2010).

La sexualidad aymara ha sido estudiada desde el punto de vista antropológico sólo en los últimos años en el norte de Chile (Carrasco, 1998, 2010; Carrasco y Gavilán, 2006, 2009; Gavilán, 2005; Gavilán y Carrasco, 2009). Sin embargo, con anterioridad la mayor parte de los aportes venían desde la historia o etnología de comunidades andinas contemporáneas, referidos a la reproducción biológica y social y a la sexualidad, como metáforas para comprender el orden cósmico, religioso y social. Asimismo, estudios sobre religiosidad han sido fundamentales para entender las concepciones que tienen los miembros de esta etnia sobre la sexualidad humana (Harris, 1980; Platt, 1980, 2003; Grebe, 1981; Montes, 1986; Martínez, 1989, 1996; Albó, 1992; Van Kessel, 1992; Bastien, 1996; Gavilán, 1998), siendo un territorio apenas explorado por la antropología lo relacionado con el amor, las relaciones sexuales, la moralidad sexual, etc. en los Andes (Millones y Pratt, 1989; Armas, 2001).

Visto lo anterior, el propósito de este artículo es entregar antecedentes que permitan conocer la construcción social y simbólica de la sexualidad en la sociedad aymara del norte de Chile. Se propone rescatar las ideas, significados e interpretaciones que mujeres aymaras de tres generaciones otorgan a la sexualidad dentro y desde sus propias cosmovisiones, como asimismo desde sus contextos socio-económicos, socio-políticos y sistema de género, y ver cómo, mediante las prácticas, se articulan y expresan estas particularidades.

Metodología

La metodología empleada ha sido del tipo cualitativa, basada en el estudio de casos, siendo la selección de éstos guiada teóricamente, ya que interesaba que las cuestiones conceptuales y las interrogantes de la investigación se manifestaran. Como el análisis se centró a nivel de las ideas, discursos y prácticas, las técnicas y procedimientos básicos han sido las entrevistas en profundidad e historias de vida.

Las entrevistas en profundidad fueron aplicadas a 36 mujeres aymaras, para acceder a aquellos pensamientos, opiniones, juicios y significados más privados de las entrevistadas, obteniéndose información más profunda de la que públicamente se maneja. La selección de los casos se hizo aplicando los criterios de edad (tramos entre 15 y 65 años) y residencia rural-urbana. Las historias de vida se aplicaron a nueve mujeres de las tres categorías de edad que fueron definidas.

Respecto a la condición étnica se utilizó como criterio principal el de autoadcripción, considerándose también identificación de sus pares, lugar de origen y apellidos. La variable edad remitió tanto al ciclo de vida, es decir a etapas en la vida de cada entrevistada que define posiciones distintas tanto en la familia como en la sociedad en general, como también a generaciones y épocas culturales diferenciadas en la sociedad en su conjunto. Así, se distinguieron tres categorías de sujetos: jóvenes (15-25 años), adultas (26-45 años) y adultas mayores (más de 46 años).

Primeros Conocimientos

La adquisición de conocimientos sobre sexualidad y reproducción humana son obtenidos, entre las mujeres más jóvenes, a través de la escuela (asignatura de biología), los medios de comunicación (televisión, internet, diarios y revistas) y conversaciones con amigas. Entre las adultas es por medio de lectura de libros escolares de los/as hijos/as, de la propia experiencia ganadera obtenida en el sector rural, excepcionalmente a través de conversaciones con pares, y mediante información entregada por profesionales de la salud. Nunca por parte de la familia, ya que admiten que "... en esos años no se hablaba de esas cosas, ni en la escuela ni en la casa". En las mujeres mayores, los conocimientos han sido adquiridos en forma empírica a través de la actividad ganadera rural, por el contacto permanente y observación del ganado camélido durante el pastoreo.

Si bien hay que considerar que entre las familias aymaras residentes en el sector rural las relaciones sexuales entre adultos se producen, muchas veces, en el mismo recinto donde duermen otros miembros del grupo familiar, especialmente hijos/as, y son vistas como algo 'normal' en la vida de las personas, esto no forma parte de los conocimientos socializados por la familia, al menos explícitamente. Tradicionalmente, la familia no entrega informa-

ción respecto a reproducción y sexualidad humana. No es común que los adultos hablen sobre sexo con los menores, si lo hacen es entre ellos y en momentos festivos, a modo de 'tallas' o 'chistes'. Entre las jóvenes de los sectores rurales el tema generalmente comienza a ser abordado entre pares en la adolescencia, por lo que no existiría una educación sexual formal, siendo el aprendizaje realizado a través de un sistema informal, en donde son las de más experiencia las que instruyen e informan, ya que los padres se encargan más de prevenir consecuencias, tales como embarazos a muy corta edad, a través de cuidados y restricciones.

Los primeros indicios de desarrollo sexual se dan en la etapa de pre-adolescencia, entre los 11 y 15 años, cuando terminológicamente las niñas son llamadas *Maldaya*. Es el momento en que se producen cambios físicos, marcándose con la menarquia el paso definitivo a la adolescencia (*Tawajo*) y el inicio de su vida reproductiva. La mayoría de las entrevistadas reconoce como principal signo de desarrollo sexual femenino la primera menstruación, siendo un momento fundamental en sus vidas ya que marca el fin de la niñez y el inicio de su capacidad reproductiva: adultez. Las mujeres mayores y adultas, utilizan el término aymara *Usuña* (enfermarse), para referirse a la menstruación. También, se usa la denominación *Paxsi Wila* (sangre mensual), pero lo más común es simplemente el uso del término 'mensual' o 'regla', la cual se relaciona fundamentalmente con la maternidad y se asocia a la luna nueva o llena.

La llegada de la menarquia representa para ellas un acontecimiento casi traumático, desconocido e inesperado, que generalmente provoca temor, ya que no es común que las madres preparen a sus hijas sobre este tema. La mayor parte de las entrevistadas no recibió información previa. Las ancianas coinciden en catalogarlo como un suceso desconocido, recordando lo 'natural' con que esta situación era vivida, debido a que se seguía con las actividades cotidianas, incluso sin la precaución de protección para el sangramiento. Las más jóvenes afrontaron este momento con inseguridad pero con mayor información, proveniente de amigas, hermanas mayores, profesoras y, en contadas ocasiones, de sus madres.

Por otra parte, tradicionalmente se piensa que existen diferencias en la menstruación de las mujeres según la edad. Estas se expresan, fundamentalmente, en el color de la

sangre: las ancianas sangre más oscura, las jóvenes sangre más clara. También se dice que las mujeres jóvenes tienen mayor flujo sanguíneo y no precisan tantos cuidados durante el periodo menstrual como las mujeres mayores, quienes son más delicadas y vulnerables a enfermedades, por lo que deben seguir de manera más estricta indicaciones tales como no bañarse, no mojarse, no exponerse al frío extremo, etc. En general, durante 'la mensual' no existen restricciones relacionadas con las labores habituales que realizan en la unidad doméstica.

Respecto a las relaciones con el sexo opuesto, los primeros consejos recibidos por las jóvenes son entregados por la parentela femenina: madres, abuelas, hermanas mayores y a veces primas; estos van dirigidos a prevenir una relación 'no conveniente', con alguien que no demuestre compromiso futuro. El embarazo también es considerado en los consejos, pero siempre está presente el apoyo familiar incondicional, en caso de ocurrir, ya que se privilegia la capacidad reproductiva frente a la situación de maternidad en soltería.

Aquellas mujeres adultas que llegaron jóvenes a la ciudad, principalmente por motivos de estudios, recuerdan que las preocupaciones y cuidados de sus padres se exacerbaban en este nuevo espacio, por el temor que sentían de que se involucraran con jóvenes 'no adecuados', ciudadanos, no aymaras. Entre las jóvenes rurales, el control social de la sexualidad limitaba su contacto con hombres fuera del ámbito familiar y comunitario desde el momento de la menarquia. En el medio urbano, sólo a través de la escuela la interacción con jóvenes se amplía; por otra parte, la mayor movilidad extrahogarera aumenta la posibilidad de contactos pasajeros, con la consiguiente posibilidad de abandono en el caso de embarazos no deseados.

En las mujeres mayores se advierten claramente dos situaciones. Mayoritariamente, las de aquellas que no recibieron consejos y se juntaron con sus parejas muy jóvenes (15-16 años), generalmente con embarazo de por medio, siguiendo luego los pasos tradicionales hasta formar su propio hogar; y, algunas que fueron muy 'recomendadas' y se unieron a sus parejas después de un periodo de noviazgo y con la absoluta venia de sus padres.

Primera Relación Sexual

La atracción por el sexo opuesto comenzaría alrededor de los 13

años, en tanto que el inicio de las relaciones sexuales sería entre los 15 y 18 años, característica válida para jóvenes del sector rural. En el caso de las radicadas en la ciudad, la edad promedio de su primera relación sexual no se diferencia de las anteriores (promedio 17 años), pero hay que mencionar varios casos que no habían tenido relaciones sexuales. Siguiendo la norma respecto a las edades de iniciación sexual femenina aymara, las mujeres mayores tienen su primera experiencia a los 15 años en promedio. Diferenciándose de lo anterior encontramos a las adultas ya que, para la mayoría, la edad promedio de su primera relación sexual se eleva a los 20 años, justificándose debido a la migración rural-urbana, ocurrida durante su etapa de adolescencia y que provocó, en ellas y sus familias, el consecuente temor de enfrentar un medio desconocido, generando nuevas formas, más represivas, para enfrentar su relación con el sexo opuesto.

Prácticamente todas las entrevistadas iniciaron sus relaciones sexuales antes del matrimonio. Sin embargo, la mayoría manifestó que no buscaron explícitamente esos amoríos sino que "se dio el momento", o "me dejé llevar"; las más ancianas principalmente por presión masculina. Con todo, expresiones tales como "ya era momento de formar familia", "ya estaba en edad de que sucediera", son mencionadas en las tres generaciones. Asimismo, casi todas las entrevistadas formaron familia con estos varones.

El hecho de que la generalidad se iniciara sexualmente a través de relaciones prematrimoniales parece indicar que este es un patrón común de inicio de sexualidad femenina. Los datos indican que las relaciones sexuales forman parte de un proceso que culmina con la unión conyugal, la que socialmente es valorada positivamente, a diferencia del deseo sexual femenino que no culmina en una relación de pareja estable, que sería valorado negativamente. Podríamos decir entonces que la sociedad aymara rechazaría el deseo de una sexualidad femenina no orientada a la conyugalidad y a la procreación, antecedente que vincula la sexualidad al parentesco.

Por otra parte, resalta que el componente afectivo, 'el amor', prácticamente no esté presente en las motivaciones que estas mujeres tuvieron para iniciarse sexualmente, ya que en la mayoría hay ausencia de romanticismo, aducen diferentes motivos donde la 'curiosidad' es un pretexto reiterativo, así como también lo es acceder

a las peticiones, incluso presiones, de los hombres, previo compromiso en que manifiestan su intención de formar 'pareja sería'.

Tradicionalmente, entre los aymaras no es común la represión sexual en las jóvenes, siendo la adolescencia el momento cuando ellas mantienen mayor 'libertad' para incursionar en el ámbito de la sexualidad, de participar en las festividades de su localidad y de otros pueblos cercanos, de un mayor tiempo de dedicación a su aspecto personal, de la posibilidad de compartir momentos con grupos de amigas, etc. (Carrasco, 1998).

Según las mujeres mayores, antiguamente no era mal visto mantener relaciones sexuales prematrimoniales, iniciándose éstas generalmente antes del matrimonio, pero siempre vistas como preludio u orientación de una unión sexual estable, el *Chachawarmi* o matrimonio. El primer encuentro sexual siempre se recuerda (y lo sigue siendo para la población rural) mayoritariamente en el campo, durante la noche y al cabo de una fiesta. Los momentos más propicios y utilizados son durante el pastoreo y las fiestas, especialmente el carnaval, contextos centrales para llamar la excitación. Las más ancianas mencionan como el canto, la música y la danza, componentes de las festividades religiosas, son esenciales para construir un ambiente sensual. Hay muchos relatos de *wayños* (fiesta del ganado), de cosechas y carnavales en los que los hombres y las mujeres, a veces con ingesta de alcohol, viven experiencias de mucha sensualidad y sexo.

Toda esta relación con el sexo opuesto se da fuera del alcance de las miradas y cuidado de padres y mayores, y apoyadas por los grupos de amigas. El vínculo involucra una serie de signos culturales; dentro de los más frecuentes y valorados están los obsequios de prendas tejidas, a través de lo cual la habilidad textil de las jóvenes es medida y considerada.

Entre las mujeres mayores existe la percepción de que actualmente la sanción social, frente a las relaciones sexuales que generan madres solteras, es más fuerte que antaño, ya que antes si bien era una conducta inapropiada, por sobre todo se valoraba la capacidad reproductiva, la fertilidad de la mujer. Los hijos de estas relaciones pre-maritales no generan consecuencias y sanciones morales como ocurre en la población no indígena.

Los sentimientos experimentados previos a la primera relación sexual, son principalmente de in-

seguridad por lo que físicamente significa, miedo de sentirse utilizadas y, principalmente, temor de que la relación no perdure.

Casos de violencia vividos en sus primeras experiencias sexuales son mencionados por las mujeres mayores y adultas. Pero, pese a lo fuerte que puede ser esta experiencia, no se cuestiona, y la mayoría lo aceptó y continuó la convivencia, socialmente esperada.

Características de la Sexualidad Femenina

Para las más jóvenes la sexualidad es importante en la vida en pareja, pero en ningún caso primordial. Piensan que los hombres sí le dan mayor trascendencia, constituyéndose en un aspecto vital de sus vidas, estando dispuestos a relacionarse con otras mujeres si se les 'da la oportunidad'. Entre las mujeres adultas y mayores se cree que tanto hombres como mujeres deberían tener igual interés en el sexo, esto porque existirían dos categorías centrales en las que se ubicarían todos los seres humanos: aquellos/as que tienen 'sangre caliente' y son más ardorosos/as y los/as de 'sangre fría' con menor inclinación por el sexo. Cuando ambos integrantes de una pareja tienen sangre fría, se espera que conformen una familia pequeña, con pocos hijos/as, y viceversa. La edad también influiría en esta diferenciación, ya que las mujeres mayores se irían 'enfriando' y, por lo tanto, tendrían menos deseos sexuales que las jóvenes. Lo anterior se corrobora cuando las mayores hablan sobre el valor que tienen las relaciones sexuales en su relación en pareja, ya que la mayoría opina que cuando jóvenes era más importante y que 'de vieja' es necesaria sólo para "mantener contento al marido".

La sexualidad y el deseo sexual parecen reflejarse en el número de descendientes de una pareja, lo cual vincula estrechamente el acto sexual con la reproducción. Así, las ancianas relatan como el sexo del *suyu* (feto) se define por el primer orgasmo, sea femenino o masculino, lo que sin dudas podríamos considerar como un buen indicador de la importancia de la sexualidad femenina. La competencia sexual establecida entre mujeres y hombres en el coito definirá el sexo del nuevo ser, el que tendrá desarrollos corporales diferenciados que remiten tanto al tiempo de gestación como a sus características particulares (Carrasco, 1998).

Las entrevistadas consideran diferencias entre la sexualidad femenina y masculina, debido a que ellas deben jugar un papel pasivo, de receptora, porque así está establecido social y culturalmente, inculcándoseles desde pequeñas una actitud sumisa. Pero este papel sexualmente subordinado no descarta la importancia del placer que una relación sexual involucra. Otra característica de la sexualidad femenina está en la potencia sexual, ya que "siempre puedes tener sexo", a diferencia del hombre que es "sólo cuando puede".

Como ya se dijo, varias de las entrevistadas mencionan situaciones de violencia formando parte de su experiencia sexual. No sólo en sus primeras relaciones sino también cuando son exigidas durante la ingesta de alcohol de sus cónyuges, embarazos o durante el regreso de éstos después de tiempos prolongados fuera del hogar.

Respecto a aspectos sexuales no desarrollados en su vida en pareja, las mujeres jóvenes creen que la sexualidad se desarrolla en conjunto con el marido. Opinan que la vida sexual corresponde a un aprendizaje continuo y su desarrollo va a depender del tiempo que tengas de vivir esa relación. Lo anterior se demuestra claramente en las mujeres adultas, ya que todas manifiestan haber tenido con los años un 'avance' en materia sexual; progreso manifestado desde el interés por obtener mayor información sobre estos temas, jugar un rol más activo y/o buscar su propia satisfacción en las relaciones sexuales.

Relaciones de Pareja

La mayoría de las mujeres adultas tiene una vida de pareja larga, con un compañero sexual único; pero con más de uno entre las mayores, donde encontramos viudez y 'nuevos maridos'.

La frecuencia con que mantienen relaciones sexuales es 'relativa', dependiendo exclusivamente de la pareja, del momento y circunstancias familiares que se estén viviendo. Las mujeres adultas y mayores reconocen una merma o espaciamiento en la frecuencia sexual, lo que se debería a la edad, los constantes viajes de los maridos y la presencia de hijos. Sin embargo, la mayoría califica su relación sexual como satisfactoria, salvo algunas mujeres mayores que hacen mención a problemas producto de la menopausia que les genera desgano e incompreensión y exigencia de sus maridos.

Todas las entrevistadas manifestaron la gran importancia que el

sexo tiene en una buena relación de pareja. Para ellas, mantener una vida sexual activa, está directamente relacionada con preservar un matrimonio ‘sin problemas’, mantener su pareja junto a ellas y sus hijos, “tener al hombre contento”, complacer a su pareja. En definitiva, porque es parte “de cómo la mujer le debe responder a su esposo”.

Aspectos que todas consideran negativos son los celos de los hombres, especialmente en momentos festivos y con ingesta de alcohol. Celos que dan paso a uno de los motivos fundamentales de conflicto marital, porque acciones que supongan ‘coqueteo’ de la mujer o un grado de confianza mayor con otros varones son socialmente mal vistas. Tradicionalmente, las mujeres casadas deben guardar distancia física, no hablar con otros hombres muy cerca ni mirarlos directamente a los ojos. Tampoco pueden hacer bromas ni reírse en público. Su sexualidad es controlada celosamente. Una mujer puede tener serios problemas con su marido sólo por el hecho de preocuparse y cuidar más de lo permitido su apariencia física, tal como vestirse con ropas nuevas, colocarse algún objeto llamativo y, hasta hace algunos años atrás, incluso lavarse el cabello, ya que era interpretado como un acto provocativo hacia otros hombres o la supuesta existencia de un amante.

Iniciativa

La iniciativa para tener relaciones sexuales las tomarían tanto hombres como mujeres, en el caso de las entrevistadas más jóvenes. No obstante, todas opinan que con mayor frecuencia la toman sus parejas, ya que son ellos “los más ganosos”. Entre las adultas y mayores la iniciativa es del hombre, justificando esta conducta porque les gusta que sea él el que se ‘insinúe’, por ‘falta de costumbre’, ‘vergüenza’, o para que ‘él no piense mal’ de ellas.

En casi todas las entrevistadas resulta importante poder evitar las relaciones sexuales cuando no las desean. Pero esto no siempre es posible, ya que en la práctica muchas deben acatar, sin cuestionar, los deseos sexuales del marido. Las mujeres de mayor edad aducen que tener sexo forma parte de las obligaciones del matrimonio: “para eso se casa uno”.

Por otra parte, el que ellas demanden tener relaciones sexuales es aceptado mayoritariamente por las jóvenes y algunas adultas migrantes. Pese a que manifiesten que las mujeres expe-

rimentan los mismos deseos que los hombres, lo demandante de sus parejas en materia sexual hace que no requieran que ellas las exijan.

Placer

Todas las mujeres coinciden en que no todas las relaciones sexuales son iguales, habiendo algunas mejores y otras francamente malas. Estas últimas se relacionan con la obligación de satisfacer a su pareja cuando no están en condiciones físicas y/o psicológicas de hacerlo: cansancio después de una jornada laboral agotadora, por encontrarse delicadas de salud y por situaciones relacionadas con la atención de los hijos.

Entre las jóvenes el placer es definido como “el agrado de ambos en la relación sexual”. Ahora bien, esta definición no refiere sólo a llegar al clímax, tener orgasmos, sino al echo de disfrutar las relaciones mediante expresiones de afecto como besos, caricias, etc. La insatisfacción la vinculan a la poca experiencia sexual y también a la práctica habitual de interrumpir el coito, como forma de evitar posibles embarazos.

Entre las adultas la definición de placer es “el goce de la pareja”, cuando “ambos se sienten bien y terminan bien”. Aquellas que reconocen no experimentar placer siempre, justifican esta situación porque sus parejas “se excitan con mucha facilidad”.

En las adultas y mayores el tener relaciones con su pareja se vuelve rutinario, aun cuando no les disgusta, ni tampoco lo cuestionan; además, se menciona que estos temas no se conversan con los maridos ya que pueden generar desconfianza y celos en ellos.

Pese a todo, para todas las entrevistadas el disfrute, el sentir placer, experimentar sensaciones corporales y erotismo en las relaciones sexuales conyugales es posible y no privativo, sólo que esto se puede dar con mayor facilidad una vez tenido y criado los hijos y cuando la pareja ya se conoce mejor sexualmente.

Un aspecto que destacan como factor influyente en no lograr relaciones sexuales más placenteras es el hacinamiento de las viviendas, sea ésto porque deben compartir residencia con otros familiares, principalmente dentro del ciclo migratorio rural-urbano, o porque los espacios de sus casas son pequeños en relación a la cantidad de personas, especialmente hijos, que en éstas viven.

Finalmente, respecto la autocomplacencia sexual, tenemos que el recurso de la masturbación no es bien visto por las entrevistadas; incluso aquellas que pasan o han pasado largos periodos solas niegan la posibilidad de recurrir a ésta como sustituto o complemento al encuentro sexual. Esta práctica se asocia a los hombres, especialmente adolescentes, incluso entre las adultas es vista como “parte de una etapa de la vida” y “preocupante” sólo “si la persona se acostumbra y luego ya no precisa pareja”. Opiniones distintas las encontramos entre las más ancianas, que consideran la masturbación como “una enfermedad” que también les puede dar a mujeres, altamente peligrosa ya que hay casos en que se vuelven ‘locos/as’ o ‘tontos/as’.

Dentro de las prácticas sexuales heterosexuales las entrevistadas coinciden en que las limitaciones sólo existen y dependen de las parejas. Todo estaría permitido si es de común acuerdo.

Otras Relaciones

Tener más de una pareja sexual, no es bien visto. Sin embargo, todas las entrevistadas coinciden en que estas situaciones suceden con frecuencia. La explicación para ser ‘infidel’, se centra en las carencias que pueden y suelen surgir en la relación de pareja. Estas carencias serían más frecuente por parte del hombre a su esposa; si es la mujer la que ‘falla’ existiría un castigo social más fuerte que si es el hombre ‘el que entra en falta’, situación que se entiende si recordamos que, tradicionalmente, en la sociedad aymara una buena esposa es aquella mujer “madre, trabajadora, respetuosa y sumisa con el marido”.

Entre las mujeres adultas y mayores se considera que es peor el engaño de las mujeres que el de los hombres, porque la conducta ‘impropia’ de la mujer involucra y afecta a los hijos; como asimismo, porque tradicionalmente la sexualidad femenina ha sido controlada celosamente, lo que no asegura que las mujeres rompan estas reglas. Si efectivamente deciden establecer contactos sexuales con otros hombres, generalmente cuñados, otros parientes o lugareños, son en un primer momento fuertemente reprimidas y hasta hace algunos años atrás, castigadas físicamente por sus maridos, por sus padrinos de matrimonio y, también, por padres y suegros. Las mujeres justifican este accionar por el abandono (físico y psicológico) que sufren de parte de los esposos. Estas situaciones, pese a la grave-

dad que se les otorga, en pocas oportunidades llevan a la ruptura definitiva del vínculo matrimonial. Las mujeres mayores recuerdan que antaño la continuidad de la relación requería de un arreglo previo que, generalmente, consistía en amenazas de multas ante los jueces, castigos físicos e incluso muerte. En el caso de hombres casados y mujeres solteras o viudas, que engendraban un hijo/a, se debían entregar a las mujeres bienes en ganado o dinero para costear en parte el mantenimiento de la *wawa*, o bien el hombre y su familia debían hacerse cargo de este/a. También sucedía que los hombres asumieran su paternidad y decidieran colaborar con la madre para su sostenimiento; si era así, la mujer legítima podía aceptar indicando que sería de su exclusiva responsabilidad, es decir, no podía involucrar intereses conyugales. Ello tenía sentido dado el tipo de sociedad conyugal que tradicionalmente practicaban y en el que cada uno de los cónyuges tenía perfectamente claro qué era lo propio y cómo se reproducía.

Actualmente, si los hombres cometen adulterio las mujeres discutirán con ellos, no los atenderán y enfrentarán a la amante; los parientes cercanos serán los encargados de evaluar.

En cuanto a relaciones consideradas prohibidas se mencionan las relaciones homosexuales, las que según las entrevistadas mayores no serían comunes, considerándose nocivas y perjudiciales para la comunidad, ya que se les asocia con la ocurrencia de desgracias naturales. La opinión respecto a la homosexualidad varía. Entre las jóvenes migrantes, hay una posición más abierta, la ven como una opción sexual más que debe respetarse, siempre y cuando sus manifestaciones no sean 'escandalosas'. En las mujeres adultas y mayores no se ve como una preocupación, sólo se argumenta que la relación resulta mejor entre hombre y mujer "porque cada uno tiene sus distintas partes", argumentación que se condice con la idea presente en esta sociedad, que considera que para que haya descendencia es necesaria la unión de dos sustancias esenciales que provienen de dos cuerpos, el de la mujer y el del hombre, concebidos por su diferencia (Carrasco, 2001).

De igual forma se mencionan como relaciones sexuales altamente prohibidas las de padres e hijas, madres e hijos, tíos/as y sobrinas/os, principalmente por los resultados que estas uniones puede traer, en el sentido de procrear hijos deformes; cuestión que las adultas y mayores arguyen a través

de los conocimientos que manejan del ganado, ya que "para mejorar la especie nunca se deben cruzar animales que tengan la misma línea sanguínea".

Progenie y Vida Sexual

Durante el periodo de embarazo las entrevistadas manifiestan que es normal mantener relaciones sexuales, tomando las precauciones del caso, especialmente los últimos meses donde la postura corporal es considerada fundamental, ya que no debe poner en peligro el bienestar de la criatura.

El mantenimiento de la actividad sexual normal se apoya en que físicamente las relaciones preparan a las mujeres para el momento del parto, poco a poco "se preparan los músculos"; como también porque es una forma de prevenir que el hombre "busque otras mujeres", excusándose en que su pareja no lo 'atiende' sexualmente.

Para las mujeres adultas y mayores, el periodo más complicado en la vida sexual de pareja, es el que llega después del nacimiento de los hijos, porque la mujer le presta más atención y cuidado a estos, por cansancio o debido a que la intimidad ya no es la misma. Lo anterior se suma a la incompreensión que generalmente demuestran los hombres en esta etapa del ciclo familiar.

El tema de los hijos y la vida sexual de las parejas no es menor si tomamos en cuenta que, tradicionalmente, no se intervenía en la fertilidad femenina. Se tenía todos los hijos que venían ya que supuestamente esto formaba parte del destino de la pareja (Carrasco, 1998); asimismo, porque era una forma de controlar la sexualidad de las mujeres. Actualmente esto ha cambiado. Las más jóvenes, las que han migrado a las ciudades o las que asisten con mayor regularidad a atenciones del servicio de salud, o sea aquellas mujeres que por distintas vías han adquirido conocimientos sobre métodos anticonceptivos modernos, se cuidan con éstos, sin que la decisión sea generalmente conocida por sus esposos o parejas. De todas formas, no encontramos mujeres que hayan decidido el uso de anticonceptivos antes de tener al menos un hijo, porque temen que su uso les afecte irreversiblemente en su fertilidad.

La forma tradicional de 'cuidarse' para espaciar los nacimientos no tiene que ver con restringir o controlar las relaciones sexuales, sino que fue y sigue siendo, preferentemente en las mujeres de mayor edad, el amamantamiento prolongado. De

esta forma es posible lograr un lapso aproximado de dos años entre cada hijo/a. Respecto al uso de métodos anticonceptivos, se advierte que aquellas que llegan a considerarlos como posibilidad, lo hacen exclusivamente para no tener más hijos y evitar el sufrimiento de los partos y no para liberar su sexualidad de la procreación.

Cabe mencionar que la esterilidad es, frecuentemente, motivo de disgusto entre la pareja y de sanción social generalmente hacia la mujer, a quién se culpa. Existe incluso un término despectivo utilizado habitualmente en el ganado camélido, 'machorrón', para designar a aquellas mujeres imposibilitadas de tener hijos.

En cuanto a la fertilidad la edad tope para las mujeres se vincula con el inicio de la menopausia, se les denomina *Apache* (anciana), y se identifica con el fin de su vida reproductiva (50 y más años). Otro aspecto que cabe destacar en relación a las mujeres mayores es la mayor libertad de conducta que estas tienen, situación que estaría vinculada con el levantamiento de las restricciones sociales relacionadas con su nueva condición de no reproductivas. No existe el fuerte control sobre el comportamiento femenino que es observado durante la adolescencia y principalmente la adultez; incluso en la vejez si se enviuda pueden volver a buscar pareja, decisión considerada absolutamente aceptable. Lo anterior lo podemos vincular con la soltería, la cual en personas adultas es considerada como una situación 'anormal' y cuestionada socialmente; considerándose 'irresponsables' por no haber logrado consolidar una familia, ya que "la mujer está hecha para tener a su lado un hombre", y viceversa.

Conclusiones

El recorrido por los significados y prácticas de la sexualidad, de tres generaciones de mujeres aymara, dejan ver la existencia de permanencias y cambios. Esto permite reforzar la idea de concebir la sexualidad no como una dimensión fija y universal, en la cual los sujetos están predeterminados, sin posibilidades de resistencia y de elección. La propia normatividad hegemónica y moralizante se concreta e interpreta en distintas experiencias constituyendo ideas y prácticas de matices diversos.

De acuerdo a los datos obtenidos, los contenidos de los espacios sagrados y profanos aymaras difieren de los judeo-cristianos. A pesar de tratarse de una cultura subordinada

respecto de la cristiana no indígena y a la existencia de procesos históricos de cristianización y de incorporación a la sociedad nacional, no se adoptan de manera simple y directa los contenidos culturales externos. En este sentido, encontramos la existencia de concepciones alternativas respecto de la biología del cuerpo humano y a su sexualidad, las que expresan la capacidad de los aymara como agentes sociales, para resignificar los significados de género y sexualidad que la sociedad nacional mayoritaria ha tratado de imponer (Carrasco y Gavilán, 2006; 2009; Gavilán y Carrasco, 2009)

En este contexto de significaciones, la sexualidad, pensada como una dimensión de los cuerpos humanos que los reproduce biológica, social y simbólicamente, no se excluye del contexto religioso sino que forma parte del sistema de creencias y cosmovisión.

Podemos concluir que nuestras entrevistadas de mayor edad se encuentran más apegadas a las normas sociales que su propia cultura le entrega, a un modelo de sexualidad que mantiene mucho de lo 'tradicional'. Para ellas, la forma de representar los cuerpos y los sexos, así como las diferencias sexuales, configuran un saber biológico y fisiológico. Se observa la tendencia a no separar entre los dominios religiosos y biológicos, por lo que la forma de elaborar la relación entre cuerpos sexuados y representaciones simbólicas de los mismos ofrece una constelación de conocimientos que justifican sus prácticas. Tal tendencia va disminuyendo de acuerdo a la intervención de la escuela y los medios de comunicación en la socialización. La iniciación sexual a más temprana edad, el conocimiento empírico de la sexualidad del ganado y la relación de habitabilidad con las parejas adultas constituyen una fuente importante para la experiencia personal y colectiva; la asociación sexualidad-reproducción no constituye un problema; la incorporación de la sexualidad como componente de las relaciones entre las deidades tutelares lleva a que la maternidad no sea excluyente de la sexualidad del sujeto femenino; tanto hombres y mujeres deberían tener igual interés en el sexo; etc.

En las adultas se observa una actitud más heterogénea, con muchos resabios de las generación anterior pero allegándose a un modelo de relaciones que incorpora cambios. No debemos olvidar que ellas son parte del inicio de fuertes procesos de transformaciones que vive la sociedad aymara,

producto de la migración hacia las ciudades, como también porque los procesos de modernización que se empiezan a vivir a nivel país, que hacen más evidente la secularización que tiende a separar la biología de la religión, lo que hace posible que la sexualidad vaya dejando de ser un tema prohibido para dar paso a la salud del sujeto moderno. Son cambios presentes en todo orden de cosas que, sin lugar a dudas, afectan el modo de entender y vivir la sexualidad, principalmente en este grupo de mujeres adultas.

Finalmente, es el grupo de mujeres jóvenes donde claramente vemos expresiones más individualizadas respecto a la temática; no obstante, pese a los grandes cambios experimentados en todos los aspectos de su vida, en ellas permanecen todavía señas del imaginario social de las generaciones anteriores en torno a la sexualidad. Sin embargo, las significaciones morales que las regían, provenientes principalmente de la cosmovisión andina, se empiezan a diluir, apareciendo una nueva moralidad secularizada. Es posible que en este proceso se mantenga valores religiosos, pero ahora mezclados con concepciones de la cultura moderna, de los discursos especializados y de la legalidad jurídica sobre asuntos de sexualidad reproductiva. Pero, pese a lo anterior, estas jóvenes actúan de acuerdo a su propia configuración cultural, la que se expresa e identifica en los significados sedimentados de muchas de sus prácticas cotidianas.

AGRADECIMIENTOS

Las autoras agradecen al FONDECYT (Proyecto N°1110980), al cual corresponde la información contenida en este artículo, así como el apoyo del Convenio de Desempeño Universidad de Tarapacá-MINEDUC.

REFERENCIAS

Albó X (1992) La experiencia religiosa aymara. En Marzal M (Coord.) *Rostros Indios de Dios*. Hisbol. La Paz, Bolivia. pp. 81-130

Armas F (2001) Religión, género y construcción de una sexualidad en los andes (siglos XVI y XVII). Un acercamiento provisional. En *Revista de Indias* 61(223): 673-700.

Bastien J (1996) *La Montaña del Cóndor. Metafora y Ritual en un Ayllu Andino*. Hisbol. La Paz, Bolivia. 253 pp.

Bozon M, Leridon H (1993) Les constructions sociales de la sexualité. *Population* 5: 1173-1196.

Carrasco AM (1998) Constitución de género y ciclo vital entre los aymaras contemporáneos del Norte de Chile. *Chungara, Rev. Antropol. Chil.* 30: 87-103.

Carrasco AM (2001) Violencia conyugal entre los aymaras del altiplano chileno: Antecedentes para comprender las relaciones de género en el matrimonio. *Rev. Cs. Soc. Univ. J Santos Ossa* 3: 85-96.

Carrasco AM (2010) Paradigmas éticos y morales en la construcción de la sexualidad de hombres y mujeres indígenas y no indígenas en el norte de Chile. *Revista Nuevas Tendencias en Antropología* 1: 108-126.

Carrasco AM, Gavilán V (2006) Sexualidad y género: La unidad de lo femenino y lo masculino como símbolos de reproducción y fertilidad entre los Aymará del norte de Chile. En Rebolledo L, Tomic P, Garduño E (Comps.) *Imaginario, Identidades e Historias. Miradas desde la Antropología del Género*. Universidad Autónoma de Baja California. México. pp. 169-186.

Carrasco AM, Gavilán V (2009) Representaciones del cuerpo, sexo y género entre los aymara del norte de Chile. *Chungara, Rev. Antropol. Chil.* 41: 83-100.

Davenport W (1971) Sex in cross cultural perspective. En Marshall D, Suggs R (Eds.) *Human Sexual Behavior*. Prentice Hall. New York, EEUU. pp. 115-163.

D'Andrea D (2000) Las raíces de la etnicidad entre globalización y eclipse de la política (Trad. Gilberto Jiménez). En Cerutti F, D'Andrea D (Comps.) *Identità e Conflitti*. Angeli. Milán, Italia. pp. 83-91.

Foucault M (1978) *Historia de la Sexualidad, I. La Voluntad de Saber*. Siglo XXI. Madrid, España. 95 pp.

Gavilán V (1998) Elaboraciones de Género en la Religiosidad de Mujeres y Hombres Aymara del Norte de Chile. *Avances de Investigación. Rev. Cs. Soc. UNAP* 8: 65-82.

Gavilán V (2005) Representaciones del cuerpo e identidad étnica en la población indígena del norte de Chile. *Estud. Atacam.* 30. 135-148.

Gavilán V, Carrasco AM (2009) Festividades andinas y religiosidad en el norte chileno. *Chungara Rev. Antropol. Chil.* 41: 101-111.

Grebe ME (1981) Cosmovisión aymara. *Rev. Santiago* 1: 61-79.

Giddens A (1992) *La transformación de la Intimidad. Sexualidad, Amor y Erotismo en las Sociedades Modernas*. Cátedra. Madrid, España. 183 pp.

Harris O (1980) The power of signs: gender, culture and the wild in the Bolivian Andes. En Macormarck C, Strathern M (Eds.) *Nature, Culture and Gender*. Cambridge University Press. Cambridge, RU. pp. 70-94.

Lamadrid S, Muñoz S (1996) *La Investigación Social en Sexualidad en Chile, 1984-1994*. Programa Interdisciplinario de Estudios de Género. Universidad de Chile. Santiago, Chile. 155 pp.

Lamas M (2000) Sexualidad y género: la voluntad de saber feminista. En Szasz I, Lerner S (Eds.) *Sexualidades en México. Algunas Aproximaciones desde la Perspectiva de las Ciencias Sociales*. El Colegio de México, México. pp. 49-69.

Lyons A, Lyons H (2011) (Eds.) *Sexualities in Anthropology: A Reader*. Wiley-Blackwell. Oxford, RU. 396 pp.

Martínez G (1989) *Espacio y Pensamiento. I. Andes Meridionales*. Hisbol. La Paz, Bolivia. 206 pp.

- Martínez G (1996) Saxra (diablo)/Pachamama, Música, Tejido, Calendario e Identidad entre los Jalq'a. En Bauman M (Ed.) *Cosmología y Música en los Andes*. Iberoamericana-Vervuert. Madrid, España. pp. 283-310.
- Millones L, Pratt M (1989) *Amor Brujo. Imagen y Cultura del Amor en los Andes*. Instituto de Estudios Peruanos, Lima, Perú. 117 pp.
- Montes F (1986) *La Máscara de Piedra. Simbolismo y Personalidad Aymaras en la Historia*. Quipus. La Paz, Bolivia. 480 pp.
- Moore H (2007) *The Subject of Anthropology: Gender, Symbolism and Psychoanalysis*. Polity Press. Cambridge, RU. 272 pp.
- Nieto JA (2003) (Editor) *Antropología de la Sexualidad y Diversidad Cultural*. Talasa. Madrid, España. 352 pp.
- Parker RG, Easton D (1998) Sexuality, culture and political economy: recent developments in anthropological and cross-cultural sex research. *Annu. Rev. Sex Res.* 9: 1-20.
- Platt T (1980) Espejos y maíz. El concepto de Yanantín entre los Macha de Bolivia. En Mayer E, Bolton R (Eds.) *Parentesco y Matrimonio en los Andes*. Pontificia Universidad Católica del Perú. Lima, Perú. pp. 139-182.
- Platt T (2003) El feto agresivo. Parto, formación de la persona y mito-historia en los Andes. *Estud. Atacam.* 22: 127-155.
- Rivas M (1997) La diversidad en la norma: Algunas diferencias en la sexualidad femenina. *Estud. Demogr. Urb.* 34-35: 129-153.
- Szasz I (1998) Primeros acercamientos al estudio de las dimensiones sociales y culturales de la sexualidad en México. En Szasz I, Lerner S (Eds.) *Sexualidades en México. Algunas Aproximaciones desde la Perspectiva de las Ciencias Sociales*. El Colegio de México, México. pp. 11-33.
- Vance CS (1984) Pleasure and danger: Towards a politics of sexuality. En Vance CS (Ed.) *Pleasure and Danger: Exploring Female Sexuality*. Routledge and Paul. Londres, RU. pp. 1-28.
- Van Kessel J (1992) *Pachamama, La Virgina: La que Creó el Mundo y Fundó el Pueblo*. CIDA. Puno, Perú. 43 pp.
- Weeks J (1998) La construcción de las identidades genéricas y sexuales. La naturaleza problemática de las identidades. En Szasz I, Lerner S (Eds.) *Sexualidades en México. Algunas Aproximaciones desde la Perspectiva de las Ciencias Sociales*. El Colegio de México, México. pp. 175-198.

MEANINGS AND PRACTICES OF SEXUALITY IN THREE GENERATIONS OF AYMARA WOMEN FROM NORTHERN CHILE

Ana María Carrasco Gutiérrez and Vivian Theda Gavilán Vega

SUMMARY

Although the universalization of sexual models through a homogenizing moral, stemming from Judeo-Christian ideas which impose sexual behavior patterns that should be retained has been the predominating panorama in Latin-American sexuality, individuals and social groups have allowed themselves different ways to interpret these standards, arguments and social practices, offering several variations. Chile is not a socially and culturally homogeneous country, and various ethnic groups coexist within its territory, including the Aymara people. Recognizing that this indigenous people is a group with their own traditions, not shared by the majority of the population and also has been part of the socio-historical processes

lived in the regions of Northern Chile, we consider legitimate to ask whether the Christian ethos, foundation of our western ideas, acquired singular characteristics in the Aymara case or if what we observe in the mythology and religiosity of this people, currently provides a moral context and an ideology which guides the sexual practices of its population. Considering the above, the purpose of this article is to recover the ideas, meanings and interpretations that three generations of Aymara women give to sexuality within their own worldviews, political and economic social contexts, and gender system, as well as to see how, through their practices, these characteristics are expressed and articulated.

SIGNIFICADOS E PRÁTICAS DA SEXUALIDADE EM TRÊS GERAÇÕES DE MULHERES AYMARAS DO NORTE DO CHILE

Ana María Carrasco Gutiérrez e Vivian Theda Gavilán Vega

RESUMO

Embora a universalização dos modelos sexuais através de uma moral homogeneizante, criada a partir do pensamento judaico-cristão que impõe padrões exemplares de comportamentos sexuais que devem preservar-se, o panorama é que tem dominado a sexualidade Latino-americana, os indivíduos e os coletivos sociais se permitem interpretar de distintas formas estas normas, argumentações e práticas sociais, oferecendo variações. Chile não é um país homogêneo social e culturalmente, no seu interior convivem vários grupos étnicos entre os quais se encontra o povo aymara; se reconhecemos que este povo indígena constitui um grupo com tradições próprias não compartilhadas pela maioria da população nacional e que, além disso,

tem formado parte dos processos sócio histórico vivido nas regiões do norte do Chile, resulta válido perguntar-se se o ethos cristão, base de nossas ideais ocidentais, adquire no caso aymara características singulares ou se, o que observamos na mitologia e religiosidade de este povo, na atualidade oferece um contexto moral e uma ideologia que orienta as práticas sexuais de sua população. Visto o anterior, o propósito de este artigo é resgatar as ideias, significados e interpretações que mulheres aymaras, de três gerações, outorgam a sexualidade dentro de seus próprias cosmovisões, contextos socioeconômicos, sócio-políticos e sistema de gênero, e ver como, mediante as práticas, se articulam e expressam estas particularidades.